

Armand-Jean de Rancé: converso y reformador II Parte*

Si la vida de Rancé después de llegar a ser abad fue moldeada decisivamente por las responsabilidades de formar y guiar a una comunidad, y si su influencia y su enseñanza fueron validadas mucho menos por referencias textuales a las autoridades monásticas, que por la vida espiritual floreciente de aquella comunidad, entonces se sigue que la composición de aquel cuerpo tiene una pertinencia directa a lo que hizo y cómo lo hizo.

Lo que se necesita con mucha urgencia es una vista panorámica de la vida monástica del siglo XVII en Francia o, en realidad, en todas partes. Simplemente no existe, de modo que uno tiene que juntar pequeños datos de información. Trataré de poner en su debida perspectiva algunos de los hechos que estoy a punto de presentarles.

La población de Francia en 1700 es estimada aproximadamente entre diecisiete y veinte millones. Actualmente, es más o menos de cuarenta y ocho millones. Estas cifras no son exactamente comparables porque las fronteras han cambiado un tanto. Pero si decimos que era menos de la mitad de lo que es ahora, nos acercaremos suficientemente a la verdad.

Por 1789, cuando estalló la revolución francesa, el padre Lekai dice que había, en total, 237 casas de ambas observancias con 1800 a 1900 cistercienses en Francia. Esto da como resultado más o menos ocho monjes por casa.

Una estadística más interesante es que, en el año en que Rancé llegó a ser abad, la estricta observancia tenía cincuenta y cinco casas con 700

* De *Cistercian Studies Quarterly* 19 (1984), pp.43-61. La primera parte de este artículo fue publicada en "CuadMon" 116 (1996), pp. 42-63.

monjes. En el año en que murió, tenían sesenta y una casas con 800 monjes. Así que las cifras durante su vida son: entre 700 y 800 monjes para unas cincuenta y cinco a sesenta casas. Una comparación interesante es que en 1979 las dieciséis casas francesas de hombres de la estricta observancia tienen más o menos 780 monjes: el mismo número en dieciséis casas que en sesenta. Compárese esto con las setenta y cinco casas de hombres y mujeres cartujos en Francia en el mismo siglo XVII que incluían 1700 religiosos, un número enorme, incluyendo, por supuesto, hermanos legos. En 1962, había sólo 700 cartujos en el mundo y mi información más reciente es que ese número ha bajado notablemente. Una estadística final: en 1700, la congregación maurista benedictina, que era una reforma de veras extremadamente sana e incluía cerca de tres cuartos de los benedictinos de Francia, había alcanzado dos mil doscientos. Esto no es un número enorme. Sería interesante hacer comparaciones con el día de hoy, pero en realidad no hay comparaciones verdaderas puesto que hay tantas diferentes congregaciones benedictinas.

En aquel entonces había muchas más casas religiosas de toda especie porque la política real no permitía ni el cierre, ni nuevas fundaciones. Muchísimas así llamadas abadías tenían uno o dos monjes. Existe el caso del abad, de un lugar llamado La Caridad, que era el único monje de su monasterio donde fue abad por más o menos diez años. Sin que nos cause asombro, era lo que se podría llamar un superior "ofrecido": siempre que un monasterio tenía necesidad de un prior, él se ponía en camino. Volvió para morir en Perseigne, su propio monasterio, donde asumió el cargo de prior antes de dimitir. Esto no era de ninguna manera excepcional.

Hacia mucho tiempo ya que las Órdenes más nuevas, tal como los jesuitas, las Órdenes docentes o los oratorianos, habían alcanzado a las Órdenes monásticas.

Decaimiento material y población declinante produjeron exactamente el tipo de situación que Rancé encontró cuando hizo su primera visita a La Trapa, antes de que pensara incorporarse a ella. Los seis monjes ancianos que originalmente vivían allí en 1662, fueron en su mayoría despedidos. No creo que este problema exista en ninguna Orden hoy en día, pero era endémico en el siglo XVII.

Cuando un monje o una monja ingresaba en una casa religiosa, dejaba de tener una existencia civil. No solo no hacían testamento, sino que si

hubieran tenido lugar elecciones civiles, no hubieran podido votar. Civilmente, no eran personas. Como retribución por haber abandonado sus derechos de herencia y otras implicaciones, tenían un contrato que les aseguraba que serían alimentados durante toda la vida bajo las condiciones en las cuales se comprometían. Ahora bien, durante el siglo XVII, gran número de Órdenes fueron reformadas, y aquellos monjes que tenían lo que podríamos llamar "intereses creados" rehusaron cambiar su situación. Insistieron en la estricta letra de la ley hasta que las circunstancias los despojaron. En muchos casos, cuando había una escasa mayoría de monjes reformados, tenían que alimentar a una caterva de ancianos cada vez más viejos y quejosos, y no había otro remedio.

Rancé, siendo un hombre rico, se valió del recurso más obvio: sencillamente se libró de ellos comprándolos con dinero y los mandó a otros monasterios donde podían estar más cómodos y disfrutar de una pensión aún más confortable. De los seis que heredó, sólo uno regresó a La Trapa y profesó nuevamente para la estricta observancia. La nueva media docena que llegaron de Perseigne constituyó la comunidad reformada inicial que heredó en 1664.

En 1695 cuando dimitió, había más o menos setenta monjes profesos y, quizás, noventa desde su muerte hasta la revolución. Es difícil establecer ese número porque cierto número de monjes de Perseigne y de otras partes vivían más o menos permanentemente en La Trapa sin cambiar de estabilidad. Y había cierto número de monjes de La Trapa que, en un momento dado —cuando era posible hacer números—, se hallaban por casualidad ausentes como capellanes o algo por el estilo. Así es que no había menos de setenta, y mi propia conjetura es que para cuando Rancé dimitió había ya probablemente noventa. Al estallar la revolución, Claraval era la única casa de toda la Orden en la cual había más monjes. Es verosímil reconocer una población total entre profesos, hermanos legos, novicios y oblatos, de un centenar —lo cual es una expansión considerable a partir de seis.

Este es ya un crecimiento notable frente a la competición permanente de otras casas reformadas. Por ejemplo, Sept-Fons y Orval (ambas habían sido restablecidas) eran casas florecientes y atraían vocaciones de exactamente la misma fuente de talante monástico que La Trapa. Sobre todo, había una gran hostilidad por parte de otras Órdenes, cuyos reclutas absorbía Rancé.

Detrás de esta expansión hay un detalle aún más notable y creo que es probablemente único en la historia monástica. Yo mismo lo descubrí sólo al preparar estas conferencias en Oxford hace tres meses, y lo que había sido una impresión está ahora apoyado por estadísticas (he de ponerles sobre aviso que cuantas veces me pongo a sumar estadísticas, el resultado es siempre una cifra un tanto diferente, pero bastante cercana). Había 133 religiosos profesos o vueltos a profesar en los años de Rancé, entre 1664 y 1695. (Por “vueltos a profesar” quiero decir monjes de la Orden cisterciense, aun de la estricta observancia, que emitieron un nuevo voto de estabilidad. Esto, en los *Estatutos*, es específicamente llamado *nova professio*, “una nueva profesión”. En las circunstancias del siglo XVII, se la estimaba como una nueva profesión, y en La Trapa se calculaba la antigüedad a partir de ésta y no de la anterior.) Los admitidos de menos de veinticinco años fueron treinta y siete; los de entre veinticinco y treinta, fueron treinta y uno; treinta y ocho, entre treinta y uno y cuarenta, y veintisiete con más de cuarenta. En otras palabras, en un tiempo en que una reforma floreciente como los mauristas admitía el noventa por ciento de sus postulantes con menos de veinticinco años (que era, en ese entonces, la mayoría de edad oficial en Francia), Rancé admitía el cuarenta y nueve por ciento de más de treinta. Nunca he oído decir de ninguna casa, de cualquier época, que haya tenido este récord durante un período tan largo. Para constatar lo dicho, aclaremos que en los cinco años entre la dimisión de Rancé y su muerte, hubo sesenta admisiones; que el número se había reducido por las muertes y por eso la proporción de admisiones subió, y que veintinueve de esos sesenta monjes tenían más de treinta años.

Ciertas consecuencias muy importantes provinieron de esto. Aunque Rancé presentó sólo dos o, a lo sumo tres monjes para la ordenación a lo largo de su mandato, que duró unos treinta años, la proporción de sacerdotes fue siempre muy alta, y probablemente la mitad de los monjes de coro eran sacerdotes (lo que, entre los cistercienses, era inusitado). Existe evidencia firme, de hecho, que no hubiera presentado muchas personas para la ordenación aunque el número de sacerdotes hubiera sido más bajo, a causa de la gran importancia que atribuía al sacerdocio. El hecho de que, sin intentarlo, tenía tan gran número de sacerdotes es muy significativo porque el nivel de madurez y de educación de estos monjes en todo tiempo—más de la mitad tenían bastante más de treinta años—era correspondientemente más alto que el término medio. Ningún monje de La Trapa jamás

tuvo que ser enviado al colegio de París, que proveía a las necesidades de toda la Orden; muchos de los monjes que vinieron eran ya doctores de teología y algunos de ellos aun habían sido canónigos de catedrales diocesanas. Ninguna instrucción especial para el sacerdocio era necesaria y la experiencia litúrgica era considerable. Ustedes pueden imaginar qué diferencia haría en cualquier monasterio el no tener que preocuparse de ninguna de esas cosas.

Además, había un reclutamiento bastante desproporcionado comparado con otras casas cistercienses y con otras Órdenes. De los 193 profesores—133 hasta su dimisión, sesenta después de la misma, hacia 1700—, 26 salieron, casi todos por razones de salud y para morir en otras casas cistercienses. Había, de hecho, veinte postulantes de la Orden y cincuenta y nueve de otras Órdenes; setenta y nueve, de 193, eran ya religiosos profesores. Hacia fines del período, ninguno vino de otras casas cistercienses, porque no se equivocaron más de casa e ingresaron directamente en La Trapa. Los provenientes de otras Órdenes aumentaron dramáticamente en los últimos cinco años. De los sesenta, veintitrés vinieron de otras Órdenes, y, esta es la estadística más extraordinaria de todas: la mitad de éstos (once) eran franciscanos, comparado con treinta y seis de otras Órdenes en los treinta años previos con sólo dos franciscanos. Rancé dice en dos cartas que no va a recibir más a mendicantes; había tenido algunas malas experiencias. Pero, evidentemente, el hecho de que uno de los abades que le sucedió haya sido carmelita, dio vuelta a la corriente. Si esto fue una cosa buena o una cosa desacertada, no he tenido tiempo para averiguarlo. Pero, el cambio dramático desde casi ningún franciscano a once en un total de veintitrés, en cinco años, debe de haber hecho del lugar un club franciscano de viejos camaradas. Está bastante claro que no sólo la política en lo que respecta a los mendicantes había cambiado, sino que también la publicidad producida por su libro aparecido en 1683, había afectado a los religiosos de todas las Órdenes, quienes todos se habían propuesto seguir la posibilidad de lo que Rancé llama constantemente una vida más perfecta, una observancia más perfecta.

El único dato firme en lo que respecta al porcentaje de rechazos proviene de sus últimos cinco años. Hay una afirmación en las memorias del abad (Gervaise) que se volvió loco y tuvo que ser despedido (pero estaba suficientemente sano al escribir esto). Hay también una afirmación del maestro de novicios que había sido benedictino durante veinte años (Dom

Paulin de l'Isle). Puesto que estas dos aseveraciones nos dan exactamente las mismas proporciones, creo que podemos deducir que uno de cada diez postulantes profesó. En todas las casas que he visitado me dicen que, a lo largo de los años, este es todavía más o menos el término medio: uno de cada diez postulantes. Puesto que de 193 veintiséis salieron después de la profesión, el grado de selección era excepcionalmente riguroso. Esto hace que sea tanto más llamativo que el número y la calidad de vocaciones se mantuviese a lo largo del siglo XVIII que, en términos monásticos, era extremadamente desprestigiado.

Otros hechos acerca de la comunidad merecen ser comentados. El siglo XVII presenció una lucha continua por el poder, y también por los corazones y las mentes, entre modernistas y conservadores. (La situación no es desconocida hoy en día.) Más exactamente, la lucha era entre los herederos del renacimiento del siglo XVI con su fe nueva y optimista en la naturaleza y el libre albedrío del hombre, y los que sostenían la tradición patrística, especialmente agustiniana. En términos partidistas, esto se conoce más familiarmente como "los jesuitas contra los jansenistas", pero estaba en juego mucho más que aquella disputa amarga pero limitada.

Creo que La Trapa muestra esto muy claramente. En 1657 —que era, coincidentemente, el año de la conversión de Rancé y también el del ataque más efectivo jamás emprendido contra la teología moral jesuítica en las *Cartas provinciales* de Pascal— era muy difícil ser neutral. Los de más edad de entre ustedes quizás se acordarán de la época de McCarthy: llega un tiempo en que es absolutamente necesario ponerse de pie para ser contado, y el quedarse neutral equivale a proclamarse culpable. Cierta número de religiosos tenían que firmar varias afirmaciones doctrinales muy precisas, que eran más partidistas que teológicas. Más precisamente: no tenían meramente que condenar las cinco proposiciones jansenistas; tenían que decir, sin nunca haber examinado el libro de Jansenio, que esas proposiciones se encontraban textualmente en el libro (de hecho, no se encuentran allí). Al exigir la condenación incondicional de hombres que obstinadamente negaban las herejías que se les atribuían, las autoridades polarizaban la disputa. Era muy difícil destacarse en la lucha contra los verdaderos abusos de la práctica jesuítica sin incurrir en culpabilidad, por asociación, con los jansenistas condenados. Si uno pensaba que la teología moral "laxista" era mala, y se expresaba en ese sentido, inmediatamente sería acusado de ser jansenista.

Sólo un ejemplo: Bossuet, que era el primero entre los prelados de Francia durante aquella época, fue a la Asamblea de los clérigos cuando ellos discutían la casuística jesuítica, y, en una carta a Rancé, (8 de julio de 1862) dijo: *Dejo el excremento de la casuística con la esperanza de que iré a La Trapa para encontrar la pureza*. Cuando un hombre como Bossuet habla de *excremento*, está pesando sus palabras.

Rancé dio un ejemplo absolutamente claro y consistente. Por obediencia, antes de hacerse monje, firmó la fórmula que condenaba la herejía jansenista, porque el obispo dijo que tenía que hacerlo. Por caridad, evitaba romper sus lazos con muchos, aunque no todos, de sus amigos jansenistas. Algunos de ellos querían que él los apoyara. Por convicción, denunció a los jesuitas y toda otra forma de laxismo. Una y otra vez dice en sus cartas a los que quieren ser postulantes que no tolerará ninguna discusión sobre estos temas en La Trapa. Piense lo que piense un hombre, cualesquiera hubieren sido sus simpatías o su lealtad pública, en La Trapa todo será borrado por un silencio total y permanente. Permítanme aclarar que el silencio fue anterior; él no lo impuso para evitar la controversia. El silencio ya estaba allí y la gente no tenía la oportunidad o la tentación de hablar.

La correspondencia y otras fuentes no dejan lugar a dudas de que los postulantes que provenían de Órdenes como los oratorianos y los celestinos, o de Congregaciones, como la Congregación benedictina de St-Vanne, cuyas simpatías eran claramente jansenistas, buscaron un refugio en La Trapa de la constante tensión de la polémica. Por consiguiente, se les permitió a algunos de los religiosos más estrictos y devotos servir al Señor en paz y silencio, mientras que en sus casas anteriores o en el mundo hubieran disipado sus energías en disputas y probablemente sufrido persecución.

Es importante notar que Orval que, por otra parte, era una excelente comunidad, fácilmente fue víctima de la propaganda jansenista porque no sólo era hospitalaria, como lo era Rancé, con todo hombre de aparente buena voluntad, sino que permitía conferencias teológicas. El resultado fue que cierto número de monjes jansenistas de Orval tuvieron que refugiarse en Holanda.

Yo diría que la perenne y muy real sed humana de la práctica estricta y ascética del cristianismo fue fatalmente desviada por la naturaleza parti-

daría del jansenismo. Todo lo mejor de tales aspiraciones encontró una plena y satisfactoria salida en la vida de La Trapa, libre de todo argumento doctrinal. A pesar de las tentativas incesantes de tildar a Rancé de estar próximo a la herejía, su ortodoxia y su lealtad hacia las autoridades de la Iglesia y del Estado superaron toda calumnia. Está abundantemente comprobado que su política fue continuada fielmente a lo largo del siglo XVIII por sus sucesores. Nunca se propagó el menor escándalo jansenista, y el único monje jansenista fue despedido sin ningún argumento. Así algunos de los mejores espíritus de la época podían escaparse de contagio y evitar el perjuicio a su conciencia.

Hay una tradición, aprovechada por los críticos, que dice que Rancé consideraba que los monasterios eran penitenciarías para los criminales. En cierto momento, Rancé empleó incautamente la frase en una carta a su anterior amigo, el jansenista Le Roy, y se la tomaron en cuenta. Los ocasionales plumazos retóricos en este sentido son típicos sólo porque su opinión global de la naturaleza humana caída era depresiva. Pero detrás de la tradición hay alguna realidad. Primeramente, a menudo él habla de su propia culpabilidad y su deseo de penitencia, y no se puede negar que consideraba que los monasterios ofrecían las condiciones más aptas para la reparación de los pecados del pasado. Si uno llama crímenes a estos pecados, son crímenes contra Dios, contra Jesús, y no, en ningún sentido corriente, comportamiento criminal. En segundo lugar, es un hecho importante que algunos pocos caracteres siniestros, incluyendo el de varios exsoldados, de los cuales Dom Muce es el mejor conocido, y sacerdotes como Dom Abraham, que se había deshonrado por deslices sexuales en su parroquia del norte de Francia, y uno o dos religiosos de fama dudosa, vinieron para encontrar la paz y el perdón. En sentido estricto, Muce era el único hombre buscado por la policía. La historia es edificante y, posiblemente, entretenida. Este joven nació en el sur de Francia y se alistó en el ejército (sea cual fuere la razón por la cual los hombres se alistaban) y, después de participar en una o dos batallas y de sufrir una o dos heridas, decidió que la vida de soldado no era para él. (Se había alistado en un regimiento de granaderos.) Así pues volvió a casa y, deseando una vida más pacífica, ingresó en la rama cluniacense de los benedictinos. Allí fue reo de varios crímenes. La única indicación que tenemos es que era propenso a la insubordinación, la bebida y a pecados contra la castidad. Exactamente cómo se manifestaron éstos, preferiría ignorarlo. Los crímenes fueron tan

serios que circulaba una orden de captura para su detención. Entonces se trasladó, con bastante picardía, a una casa cluniacense fuera de la circunscripción policial, pero fue perseguido también allí por la policía. Es un poco incierto cuánto de lo que dice Rancé en la narración realmente sucedió y cuánto, a esta altura, Muce sólo había pensado hacer. La historia es que llegó a ser un soldado mercenario. Mi propia interpretación es que estaba dispuesto a ser soldado mercenario e incorporarse a los turcos. Hay una frase maravillosa del turbante del infiel que profana la cabeza ungida de un sacerdote de Dios. No creo que realmente llegara hasta el despacho de reclutamiento turco.

Estando en una taberna en Lyon, escuchó a una persona hablar de La Trapa. Con lo cual, en seguida se puso de pie de un salto —esto fue en enero— y caminó hasta La Trapa, a unas 600 o 700 millas de distancia, lo que le llevó más o menos tres semanas. Cuando llegó, era tal el estado en que se encontraba que, cuando se presentó a la puerta diciendo ser un ex-benedictino y sacerdote, sencillamente no lo creyeron. Lo dejaron vagar por el monasterio, varios días. La consistencia de la historia, finalmente, convenció a Rancé y dio el hábito a Dom Muce. De hecho, no cumplió plenamente su noviciado, sino que profesó en menos de un año, y murió aproximadamente una semana después de su profesión. Estuvo allí quince meses en total.

Llevó una vida muy edificante en La Trapa y Rancé publicó una relación necrológica más larga de lo acostumbrado, que de hecho fue publicada por separado: *La muerte del granadero*. Entre otras cosas relatadas, Rancé dijo que Dom Muce había aprendido sus propensiones criminales en el ejército, que es el lugar de entrenamiento de toda clase de vicios, etc. Esto resultó ser excesivo para dos personas, una de las cuales escribió desde el hogar de veteranos franceses, *Les invalides*, defendiendo a sus camaradas, los granaderos, y diciendo que Muce habría aprendido sus malas costumbres en cualquier parte, menos en un cuerpo tan admirable y sobresaliente como el de los granaderos. La otra era más perjudicial. Era de un monje llamado Ste. Marthe, que después llegó a ser general de los mauristas. Él —que ya había reñido anteriormente con Rancé— dijo que: a) no creía que Dom Muce hubiese prestado alguna vez servicio activo o que hubiese sido herido, y b) que no creía que Muce fuese reo de los crímenes que Rancé, un tanto complacientemente, anunció que había reparado. Frente a esto, Rancé explotó, por supuesto, e hizo algo que nunca he oído

que haya sido hecho por algún otro superior. Escribió a las autoridades policiales del sur de Francia y, después de más o menos un año, consiguió un certificado auténtico de mala conducta de Muce, que entonces publicó como total vindicación de su propia veracidad y del arrepentimiento de Muce.

Además de Muce, que verdaderamente era un hombre vigilado por los alguaciles mayores, por decirlo así, había otros soldados, como el hermano Palemón, que había sido marqués de Santena, y el hermano Achille Albergotti, que había sido coronel en el ejército francés. Como soldados, seguramente habrían visto y probablemente habrían infligido muerte violenta y, sin duda —como acostumbran los soldados— habrían tomado parte en libertinaje ocasional. A pesar de esto, los rumores de criminales en La Trapa son enteramente falsos. En el lenguaje habitualmente jurídico de Rancé, somos todos criminales potenciales ante el tribunal del juicio de Dios.

Mucho más interesante es el hecho de que habla a menudo de almas no manchadas por el pecado, que se mantienen en la original pureza de su bautismo. Un número cada vez mayor de estos jóvenes inocentes llegaron a La Trapa. Cristo vino para llamar a los pecadores al arrepentimiento, no a los justos, y Rancé había sido absurda y falsamente acusado por su reiteración de esa verdad cristiana básica.

Una última palabra acerca de los hermanos legos. La falta de espacio restringió su número por mucho tiempo y aumentó muy lentamente de doce a dieciocho. Mientras casi doscientos coristas fueron admitidos en ese período, hubo solo cuarenta hermanos legos. La proporción de muertes era también un poco menor. De ellos, no se requería ninguna calificación educacional, pero el requisito primordial era la docilidad. A ésta, Rancé le daba muchísima importancia: ellos hacían lo que se les ordenaba. Las peticiones de entrada siempre excedían los lugares disponibles y, en los años posteriores, Rancé insistió en que tuvieran una ocupación manual para ofrecer al monasterio. Sugería el tejido de medias, por ejemplo, porque los religiosos confeccionaban toda su propia ropa.

Los hermanos legos hacían todo el trabajo pesado en los campos y dentro de la casa, en los establos, etc. Tenían su propia capilla y rezaban un oficio simplificado, consistente en Padrenuestros y Avemarias. De he-

cho, la primera vez que fui a La Trapa, la parte de la iglesia donde estaban los hermanos legos estaba todavía separada.

Rancé insistía en que no deberían nunca formar una facción dentro de la comunidad, como ha sucedido en la historia cisterciense con menoscabo de casas particulares. También insistía en que sus contactos con gente de afuera, labradores, etc., con quienes tuvieran que trabajar, fueran mínimos. En toda su política hacia los hermanos legos, parece haber tenido éxito porque la sencilla piedad registrada de algunos de ellos era seguramente típica de todos.

Quisiera concluir citando una carta que Rancé escribió a un candidato. Es típica —aunque el candidato no es típico— y, yo creo, es significativa. El hombre de quien se trata es Malebranche, que era oratoriano, y que ciertamente, después de Descartes, era el filósofo francés más distinguido del siglo XVII. Malebranche estaba relacionado con Perseigne, adonde solía ir para hacer retiros espirituales. Casi ciertamente a causa de eso y también a causa de mutuos amigos en el Oratorio, escribió a Rancé, pidiendo ingresar en La Trapa. La mente se aturde al pensar qué tipo de trapense hubiera llegado a ser. Rancé le escribió la siguiente carta el 9 de abril de 1672, que les transmito exactamente como la he traducido. Debo explicar que la puntuación es de Rancé y no mía.

Seguí demorando mi contestación a sus dos cartas y el decirle que la importancia de su resolución me consterna. Sin embargo, después de considerar que Dios da la fuerza en la medida de las intenciones que inspira en nosotros, y que Él puede hacer cualquier cosa con respecto a nuestras disposiciones —tanto corporales como espirituales—, su perseverancia y la firmeza con que Ud. parece estar decidido a ejecutar lo que está convencido que Él quiere de Ud., hace que no tenga más razones para oponerme. Tanto es así, Padre, que, si está sinceramente dispuesto a abandonar a la divina providencia el cuidado de su persona, su salud y su vida, si está enteramente resuelto a descargarse de todo lo que le concierne de tal manera que sólo Él acepte esa carga, si el horror de inviernos largos, si los asaltos de las estaciones, si la perspectiva de tener que pasar la mayor parte de los años privado de todo contacto y consolación humanos, si el requisito que le es exigido de dividir su día entre la oración y la lectura, y finalmente, si todas las consecuencias posibles de una renuncia tan grande como la que tendrá que hacer no hacen temblar su corazón, si el amor de Dios, si su deseo de pertenecer sólo a Él y de no tener ninguna otra ocupación en el mundo que la de esperarle a Él, si la visión de la eternidad,

siempre más cerca de lo que pensamos, le hace mirar como un mero instante la duración de su vida; entonces, venga, Padre, y siga las incitaciones de la gracia. Dios, que solo hubiera podido inspirarle tales sentimientos, no dejará de darle la protección que necesita y de sostenerle en una vida que emprende sólo para complacerle a Él.

Por nuestra parte, no hay nada que no haríamos para contribuir a su consolación. Ud. sabe lo que nosotros podemos hacer, que es muy poco. Pero una persona que se compromete así tiene que tener una confianza total en Dios y no esperar nada de la ayuda humana. En definitiva, Padre, las cosas nos parecen extraordinarias al situarlas y considerarlas a la luz de la conducta humana, que suele ser muy natural. Pero toda persona que las considera a la luz del ejemplo que nos ha sido dado por los santos pensaría de una manera muy distinta acerca de ellas.

Pido al Señor que le ilumine, que le haga conocer su voluntad y que no le permita confundir un destello falso con la verdadera luz.

Creo que esta es una carta admirable. Es absolutamente típica de las cartas que escribía a gente menos famosa y proporciona un ejemplo bastante justo.

La vida en La Trapa

El rasgo más notorio de la vida en La Trapa era, por supuesto, su brevedad. Mientras las cifras, hasta cierto punto, nos dicen la verdad, las razones de esas cifras no son tan obvias como los críticos han alegado desde el tiempo de Rancé hasta el nuestro. Dejando la discusión de las cifras para el final, quiero hablar de las condiciones de vida en La Trapa del siglo XVII.

El sitio es ciertamente la primera cosa que a uno le llama la atención. Es notable que en varias cartas escritas por Rancé a personas que preguntan: "¿Por qué la proporción de muertes?" etc., una de las primeras cosas que describe es el lugar, situado en una hondonada rodeada de bosques por tres lados. Inmediatamente entre el bosque y el monasterio hay una sucesión de lagos —actualmente hay dos grandes; en su tiempo, creo que había cuatro o cinco más pequeños, y el más cercano está a no más de cincuenta yardas del cementerio, que está colindante con la iglesia. De manera, que la primera cosa que uno ve a la mañana, desde las ventanas de la hospede-

rfa, es la neblina que sube del lago. El hecho de estar rodeado por la selva no alivia la humedad reinante.

Rancé habla constantemente de inviernos duros, pero también de veranos penosos. Puesto que, generalmente, no se quejaba de cosas que eran obvias, debe de haber encontrado las condiciones excepcionalmente difíciles allí.

La Trapa, por supuesto, no había sido originalmente una fundación cisterciense. Era una fundación de Savigny, y sólo fue incorporada con las otras aproximadamente veintinueve casas de Savigny cuando todas se unieron a las filiaciones de Claraval, después de su fundación. Ciertamente se conformaba muy bien con el ideal cisterciense de utilizar el bosque para su sustento. Su principal sostén económico eran el bosque y los peces de los lagos, que los monjes no consumían sino que vendían, como también granjas arrendadas a inquilinos.

Por ser tan húmedo —y ciertamente, en el siglo XVII, cuando Europa del oeste atravesaba una edad de hielo menor, extremadamente frío también— cualquiera que era propenso a tener problemas reumáticos o respiratorios, con toda probabilidad se agravaba. Sin duda, los que no sufrían empezaron a sufrir por estar allí. No me es fácil sentirme bien en ese lugar.

Puesto que el único antídoto del frío y la humedad es el calor, el calefactorio jugaba un papel aún más importante en La Trapa de lo que tenía en monasterios más templados. El acceso al mismo era severamente limitado: no sólo en cuanto a las horas durante las cuales uno podía acercarse, sino también en cuanto al número de personas que podían reunirse a la vez (me parece que eran cuatro). Una peculiaridad de Rancé era que sólo estaba permitido calentarse las manos en el calefactorio; no estaba permitido volverse de espaldas a la estufa. Efectivamente, lo escribió en los reglamentos.

Es también evidente que a los que eran propensos al reumatismo, no les ayudaba el trabajo manual en los campos, que era obligatorio en toda época excepto cuando hacía muy mal tiempo.

En cuanto a la dieta, era escasa en cantidad y notablemente carente de proteínas. Un rasgo distintivo que era común a toda la estricta observancia era, por supuesto, la prohibición de comer carne. Si leen los libros del padre Lekai, él se refiere invariablemente a la estricta observancia como los “abstinentes”. Y es, de hecho, una manera imperceptible de con-

vencer al lector mal informado que sólo estaba en juego el comer carne. Los "abstinentes" era el nombre dado por la común observancia a la estricta observancia. (E, incidentalmente, la estricta observancia llamaba "mitigada" a la común observancia.) La carne era sólo un símbolo de varias relajaciones y contemporizaciones que se habían insinuado durante la Edad Media. Era sólo una de numerosas relajaciones que dividían las dos observancias. Pero parece haber sido peculiar a La Trapa que también el pescado y los huevos eran totalmente prohibidos. Tenemos conocimiento, ciertamente, de al menos una abadía en Bretaña, la abadía de Prières, que tenía preciadas pesquerías cuya producción era consumida por los monjes. Son sólo referencias accidentales que nos hacen posible adivinar la costumbre en otras casas. Creo que aquello era casi seguramente peculiar a La Trapa. Además, los productos lácteos, que hubieran provisto de proteínas, eran consumidos solo escasamente, y de ningún modo en adviento o cuaresma.

Inútil es decir que todos los ayunos fueron observados estrictamente. No se usaba el vino, pero eso era perfectamente natural: Normandía no era un área vinícola. Cuando Rancé llegó allí por primera vez, la cerveza era la bebida de uso general. Eventualmente, él la reemplazó con sidra aguada. No es de extrañar que muchos de los hermanos tomaran sólo agua. En general, la dieta nunca superó el mínimo para poder sobrevivir. Pero sí superó el mínimo indispensable.

Uno de los puntos que es tan difícil averiguar en el presente estado de nuestro conocimiento histórico es si los hermanos legos que habían sido campesinos probablemente habrían comido mucho mejor antes de su entrada, porque Francia pasaba por malos tiempos. Lo que sí sabemos es que los monjes coristas, y quizás especialmente los de otras Órdenes o casas, casi seguramente lo habían pasado mejor antes.

El año pasado, un profesor norteamericano llamado Maarten Ultee escribió un libro muy interesante sobre la casa maurista de San Germain-des-Prés, donde estuvo Mabillon, en el siglo XVII. Es básicamente una historia económica y social; no le interesa la espiritualidad. En este libro, él ha publicado el resultado obtenido después de haber examinado críticamente las cuentas domésticas durante un período de cien años de esta gran casa, en aquellos días sita justamente fuera de los muros de París y que hoy en día se encuentra exactamente en el centro de París, en el área Faubourg Saint-Germain. Él sabe exactamente cuántas libras de pescado,

huevos y manteca, etc. fueron compradas por la comunidad. Sabe cuántas personas lo consumían y, por tanto, sabe lo que se consumía por persona. También descubrió en los registros de los mercados de París de aquel tiempo, qué es lo que consumía la población civil. Con gran sorpresa, mía al menos, los monjes comían notablemente mejor en cuanto a pescado, huevos y manteca que la población, de ninguna manera indigente, que les rodeaba. Y creo que, puesto que París no es, después de todo, un área agrícola, es justo suponer que en aquellos pueblos donde los productos del mercado estaban aún más a mano, los benedictinos probablemente lo pasaron bastante bien. Pues bien, esto es un punto de comparación.

En las últimas décadas del siglo XVII, la guerra, que fue más o menos incesante durante treinta años o más, cosechas malogradas porque los miserables campesinos no podían comprar bastante semilla para el año siguiente, y también la despoblación rural, causaron una serie de hambres muy desastrosas en la mayoría de las provincias de Francia y seguramente en Normandía y Perche, donde está La Trapa. Es muy pertinente notar que centenares de pobres recibieron comida en La Trapa cada semana. Hay una carta explícita, escrita en 1687 por el secretario de Rancé, Maisne, que era seglar y escribe a un amigo que pedía información, en la cual él da estas cifras. Dice que, en un año malo —y los años verdaderamente malos empezaron alrededor de 1680 y se sucedieron hasta el fin del siglo— se daba de comer regularmente a 1500 o 2000 pobres, además de subsidios mensuales a todas las familias indigentes de la región (que aun actualmente no es muy poblada), es decir, a los inquilinos monásticos y vecinos, con la añadidura de 4000 huéspedes por año. Estos últimos equivalen a alrededor de 80 por semana. La mayoría de ellos fue limitada a tres o, al máximo, cuatro días. Todo eso, que es un cuantioso gasto, fue realizado a base de una renta, que no puedo traducir a términos modernos, pero que era un tercio o un cuarto de la de Claraval, que tenía un número comparable de monjes. Creo que es preciso hacer notar muy obviamente que, aunque la dieta de los monjes era ciertamente miserable, era al menos regular y asegurada, y probablemente mejor que la de muchos campesinos, sin contar aquellos, evidentemente, que murieron de hambre. Vale la pena acordarse de esto. El deber de alimentar al pobre era reconocido plenamente, pero tiene que decirse que, aunque no hubieran existido pobres para alimentar, Rancé no hubiera mejorado la dieta de los monjes. Es típico de él, que elige el único argumento incontestable cuando uno de sus amigos, el obis-

po de Grenoble, le escribió, luego de la enfermedad de muchos de los monjes, diciéndole que realmente debe darles más proteínas, —o el equivalente del siglo XVII. Rancé contestó diciendo que si hacían eso, un número de pobres moriría cada año, y no podrían hospedar a tantos huéspedes, ni tener tantos monjes. Estadísticamente, eso hubiera podido ser la verdad, pero no era la razón. Él estimaba que comer con exceso —o aun llegar a saciarse— era malo en sí mismo.

Él señaló correctamente que la dieta en La Trapa era mejor que la de los Padres del desierto, aunque en un clima mucho más cálido las necesidades no son estrictamente comparables. Creo que no me equivoco al decir que algunos de los Padres del desierto subsistieron, por un tiempo al menos, de insectos. Y la dieta era probablemente mejor que la de los primeros cistercienses, a juzgar por las descripciones que he leído de Claraval bajo San Bernardo.

Esto no es sólo la interpretación privada, personal de Rancé de la *Regla de San Benito* y los usos del Císter. Tengo entendido que el “problema hémima” no ha sido resuelto todavía. Cuando la gama de posibilidades era desde un cuarto hasta tres cuartos, Rancé obviamente optó por un cuarto. Esto es lo que quiero decir por “interpretación estricta”: todas las veces que había alguna posibilidad de desacuerdo, siempre optó por el mínimo.

Hubo un acontecimiento interesante durante los primeros diez años: algunos de sus más celosos hermanos, que habían estado leyendo las Fuentes le dijeron: “¿Ud. se da cuenta de que estamos comiendo más durante la cuaresma de lo que acostumbraban comer en Claraval bajo Bernardo? ¿No podemos suprimir el *mixtum*?” Rancé dijo: “está bien, ya que insisten”. Pero el resultado fue que empezaron a desfallecer como moscas mucho tiempo antes del final de la cuaresma y Rancé puso fin a la experiencia. Consideraba que su fervor espiritual era admirable pero que las consecuencias prácticas eran intolerables. De manera que siempre seguía la norma del sentido común, templado con la severidad.

El trabajo manual nunca fue, y todavía no lo es, practicado en la observancia común. La amplia admisión de hermanos legos había dejado a los monjes de coro con las exclusivas tareas clericales, tal como el copiar o, quizás, estudiar. Rancé insistió en el trabajo manual para todos, incluso para él mismo, por más o menos tres horas por día —generalmente trabajo

en el campo o la quinta, hecho en común. El efecto era, sin duda, que se autoabastecían, pero el fin era específica y explícitamente ascético. Era para la humildad y la mortificación. Hombres bien nacidos y entrados en años no acostumbraban a ensuciarse las manos y Rancé quiso deliberadamente que lo hicieran.

En sus cartas a monjes y monjas, a menudo enfatiza el valor espiritual de alguna tarea servil hecha gozosamente, como cortar leña, fregar pisos, cuidar la estufa, y las recomienda como antídoto del orgullo. Cuando su sobrina fue particularmente reprensible a su superiora religiosa y, finalmente, dio cumplida satisfacción, él sugirió a la superiora, la Madre Luisa, que mantuviera a su sobrina ocupada con el trabajo de fregar los pisos y con todas las otras tareas más serviles hasta afianzarla en la humildad.

Hay un interesante detalle incidental acerca de este tema del trabajo. Era muy insólito que los monjes trabajaran, especialmente con tanto empeño como lo hicieron. Una de las leyendas de La Trapa era que se empapaban en sudor mientras trabajaban (que ciertamente era verdad), pero después iban directamente a la iglesia para cantar el Oficio. En la primera descripción de La Trapa, aparece esta afirmación porque, evidentemente, quien lo escribió pensaba que era edificante. Muchos años más tarde, uno de los abades que sucedió a Rancé (Gervaise), corrigió muchos de los errores vulgares acerca de La Trapa. Señaló que esta leyenda piadosa, que a mi parecer es bastante ofensiva, era realmente contraria a la ordenanza de Rancé. Rancé dijo que sería socialmente intolerable tener que estar de pie, durante períodos prolongados del Oficio, al lado de alguien que no había cambiado su ropa después de haber trabajado arduamente en la quinta. Si no se hubiera hecho esta corrección, no hubiéramos sabido que era un reglamento establecido que tenían que ponerse inmediatamente su segundo hábito, y en general asearse y hacerse presentables, cuando iban al coro. Muchas de estas leyendas corresponden con lo que el escritor pensaba que edificaría al público, y no con los hechos del caso. Creo que podemos deducir que verdaderamente trabajaban seriamente y que no era solo una especie de escardadura simulada.

Del hecho de que el trabajo manual ocupaba tres horas por día, se sigue que se hubiera podido proseguir el estudio sólo a expensas de éste. Sabemos que Dom Le Nain, que fue subprior por muchísimos años, pariente de Rancé y que más tarde escribió la *Vida* del Reformador, tenía

permiso para estudiar. Incluso tenía permiso para publicar. Aunque sus escritos no son muy buenos (sus obras espirituales son bastante triviales y su historia de la Orden no es de ninguna manera notable), Rancé claramente lo consideraba como alguien que merecía ser alentado. Sin duda otros recibieron permiso limitado para estudiar, quizás el maestro de novicios, por ejemplo, de vez en cuando. Pero tal actividad era bastante excepcional.

La lectio divina, por otro lado, era obligatoria. Rancé anotó con satisfacción en cartas a varias personas en aquel tiempo que el claustro, anteriormente abierto, había sido cerrado con vidrios. Como consecuencia los monjes podían hacer su lectura a la hora prescrita como un ejercicio en común y no, como antiguamente, como pasatiempo privado.

Incidentalmente descubrió, sólo después de haberse comprometido con la construcción, que los primeros cistercienses dormían en dormitorios. Él heredó el uso de celdas privadas y se comprometió con este sistema antes de descubrir que no era el usual. Una de las consecuencias de haber encerrado el claustro con vidrios era que los monjes no tenían absolutamente ninguna excusa para ir a su cuarto privado, excepto para dormir.

Además de este estudio generalizado en el claustro a las horas prescritas, en cuaresma le fue dado a cada monje uno o dos libros para rumiar lentamente y con gran atención. A los que leían rápidamente o sin bastante atención y que pedían cambiar sus libros a mitad de la cuaresma, se les decía que volvieran a leer los mismos libros otra vez.

La lectura aprobada incluía las vidas de los santos, Casiano, los Padres del desierto y especialmente Juan Clímaco, la *Imitación* y aun los modernos como el ubicuo Rodríguez sj, que parece haber sido uno de los autores sobre la vida religiosa más vendidos hasta fines del siglo pasado. La teología especulativa estaba absolutamente prohibida para la lectura, igual que para la discusión. No sólo sería injusto, sería completamente opuesto a la verdad, decir que a los monjes se les prohibía leer a San Bernardo, por ejemplo. Esta era la lectura prescrita.

El Opus Dei llevaba más o menos ocho horas por día en total. En esencia, fue reglamentado por las normas de la Orden; Rancé no hizo ninguna innovación de ningún tipo en la naturaleza del Oficio. En esto como en todo lo demás, se dejó guiar por una política lo más estricta posible. No había órgano en la arruinada abadía, y si lo hubiera habido, Rancé lo hu-

biera quitado. Consideraba el órgano como una distracción particularmente diabólica con respecto a la debida ejecución del Oficio.

Había una abadesa de una casa de París, cuyas monjas eran famosas por sus conciertos “sagrados”. La alta sociedad asistía, sin duda, con el consecuente interés financiero para la abadía. Ella fue lo suficientemente tonta como para pedir la opinión de Rancé acerca de esto. Sin embargo, siguió con los conciertos. Pues, trató de suspenderlos pero hubo tantas quejas que los reanudó.

Todos los que visitaron La Trapa dijeron que el canto era excepcionalmente lento y la duración de tiempo de la pausa era la de un *Ave* completo. (En el siglo XVII, cuando decían “*Ave*”, se referían sólo a la primera parte del *Avemaría*, y si querían referirse al *todo*, decían “un *Ave*, con la añadidura de un *Sancta*”.) Este es exactamente el *todo* con que Mabilion describe la pausa. Por supuesto, esto es como decir, “¿Qué altura tiene un chino?” ¿Cuál es la duración de tiempo de un *Ave* rezado por un trapense? Pero esa era la duración de la pausa entre versos: un *Avemaría* completo.

La iglesia era desnuda, según la tradición cisterciense original. Rancé derribó la torre y la reemplazó con un pequeño campanario. Pero había dos rasgos especiales muy interesantes. Uno era que, encima del altar mayor, él tenía una estatua de la Virgen sosteniendo al Niño Jesús en un brazo, y del otro estaba colgada una píxide, en la cual estaba reservado el Santísimo Sacramento. No necesito explicarles el simbolismo de esto, que no era, por supuesto, una invención de Rancé; estaba bastante difundido en la temprana Edad Media. La importancia de esto es que, entre sus críticos, varios han señalado que en su obra publicada casi no hay referencia alguna a la Virgen. Esto es realmente verdadero. Y casi no hay referencia en sus cartas tampoco. Es muy extraño que escribiera una carta el día quince de agosto o en otras fiestas marianas sin hacer ninguna alusión a la fiesta del día. Tampoco lo hace en ocasión de la fiesta de los santos. Fue acusado de ser jansenista, porque ellos no practicaban el culto de la Virgen o de los santos.

Este es un muy buen ejemplo de lo peligroso que es el argumento desde el silencio. Rancé era tímido en cuanto a cualquier señal de sensibilidad o emoción, y claramente sentía que no podía abordar todo lo que tiene que ver con la devoción mariana en su obra publicada. Pero sabemos

con certeza que el arreglo de este altar fue enteramente idea suya, y en una de sus biografías se relata que cualquiera que mencionara el nombre de la Virgen sin una reverencia era reprendido inmediatamente; por tanto, el argumento de su silencio es totalmente engañoso en este caso.

La otra cosa interesante acerca de la iglesia es que, cuando fue agrandada para acoger a huéspedes y a los pobres, en particular, fueron agregadas dos nuevas capillas laterales. Estas, creo yo, eran peculiares a La Trapa. Una, como podrán adivinar, fue dedicada a San Juan Clímaco, pero la otra, menos evidentemente, fue dedicada a Santa María de Egipto. Cada una tenía un cuadro y una inscripción latina de Rancé. Menciono deliberadamente a María de Egipto, porque su semejanza con amigas como la Madre Luisa y otras mujeres penitentes que llegaron a ser religiosas es tan exacta, que la idea de las mujeres penitentes evidentemente formaba parte de ésta, su sensibilidad que puede ser descubierta sólo en manifestaciones particulares.

En cuanto a la práctica de los sacramentos, los monjes que no eran sacerdotes normalmente comulgaban los domingos y días de fiesta. Es decir, se suponía que lo harían. Pero como respuesta a una pregunta específica (conozco sólo un lugar donde esto aparece —otra vez el argumento desde el silencio es tentador—, pero es cierto que tenemos una afirmación), Rancé dijo que permitía la comunión diaria a unas pocas “almas, especialmente sencillas”. No creo que quisiera decir que eran tontos; creo que quería decir que no tenían ideas raras o escrúpulos complicados. Está claro que no objetaba, en principio, la comunión diaria, y se oponía explícitamente a la abstinencia de la comunión, excepto por razones graves. Para citar un ejemplo, cuando mujeres de la alta sociedad, que le escribían a menudo, le preguntaban cuál era su política, les decía: “Si Ud. ha asistido a un baile la noche del sábado, entonces no conviene comulgar al día siguiente; difiera su comunión”. En esto, como en todo, él sigue una línea rigurosa de sentido común, y la gente que pensaba que no debía comulgar solamente por no sentirse digna, no encontraba en él ningún apoyo.

También se oponía a las confesiones excesivamente escrupulosas. Su hermana, que fue monja de la Anunciación toda su vida, dijo que le era muy difícil encontrar algo para confesar (lo que no me es difícil comprender). Rancé le contestó que no se preocupe de esto de ninguna manera, que era un estado muy natural y muy deseable, pero que cuide observar la regla con escrupulosidad absoluta.

Por lo que dice en sus cartas, es probable que tratara a sus monjes estrictamente, pero no de una manera obsesiva, en el confesionario. Pero cuando se trataba del comportamiento público, esto era diferente porque establecía un ejemplo y comprometía a toda la comunidad. El uso de humillaciones, es decir, de reprensiones por faltas menores, o por faltas imaginarias, fue ciertamente practicado como antídoto del orgullo y la complacencia. Pero Rancé negó vehementemente que inventaba falsas acusaciones. Ocurrió la famosa querrela de las ficciones, que Bremond aprovecha al máximo. Lo que realmente pasó —y esto es típico del régimen de La Trapa tanto en su aspecto bueno como en su aspecto malo— era que uno de los postulantes, Paul Hardy, un hombre de cuarenta y cinco años cuando entró, había sido canónigo teólogo de Alet, en los Pirineos. Era hombre muy erudito, de cierta importancia. Con desagrado de su obispo, partió repentinamente y apareció en La Trapa. Durante una conferencia, él expuso sus ideas en su manera retórica acostumbrada y fue reprendido. Poco tiempo después otro monje, leyendo en el refectorio, puso en su lectura lo que nosotros llamaríamos “expresión”. (Aún hoy en La Trapa, la lectura se hace absolutamente con igualdad de tono.) Ambos fueron reprendidos en público por lo que fue considerado como exhibicionismo histriónico y se les dio alguna penitencia. Sucedió que en aquella oportunidad estaba de visita uno de los anteriores amigos íntimos de Rancé, Le Roy. Éste había conocido a Hardy antes de que se hiciera monje, y quedó horrorizado a causa de tal reprensión por un pecado de orgullo que claramente podría no ser el caso. Cuando volvió a su casa, se puso a meditar sobre esto y escribió una tajante denuncia de los métodos disciplinarios de Rancé, lo que hizo que éste manifestara lo peor que había en él. La riña continuó durante más o menos cinco años, hasta que finalmente fue resuelta por un obispo que intervino.

El asunto es que Rancé consideraba que la iniciación en La Trapa, que era la función propia del noviciado, consistía en reprimir cualquier autoimportancia que uno pudiera tener. Él creía que conseguir que una persona sea humilde era la cosa importante aunque, de vez en cuando, se le dirigiera una acusación injusta.

Permitía acusaciones bajo salvaguardia. Nadie podía acusar a la persona que le había acusado, hasta el día siguiente. Era más cauteloso a este respecto de lo que uno podría suponer, y consideraba más importante la autoacusación.

Su línea general acerca de la humillación, esto es de humillar a sus religiosos, era la proposición corriente de que, puesto que todos somos culpables de algún crimen ignoto en cualquier momento de nuestras vidas, no deberíamos quejarnos si somos castigados por algún crimen que de hecho no hemos cometido.

Las conferencias eran semanales; aunque originariamente fueron más frecuentes, pero por poco tiempo. Siempre las presidía Rancé y presentaban la única oportunidad regular para poder hablar. Bajo su guía, se trataban asuntos de común interés espiritual, pero siempre para clarificar, nunca para argüir. En esto, como en todo, la comunidad tuvo la prioridad sobre el individuo.

Más o menos cuatro veces por año, si el tiempo lo permitía, salían los monjes al monte de los alrededores por más o menos dos horas, cada uno individualmente, para meditar o leer, y después se reunían para la conferencia. Era parte esencial de la vida comunitaria en La Trapa y aunque evidentemente él animaba a todos a que hicieran alguna observación, queda claro que se oponía a que alguien quisiera lucirse.

Esta prioridad de la comunidad sobre el individuo, que era un rasgo importante de La Trapa, sólo era modificado a la muerte de un monje. Cuando fallecía un monje, sí asumía importancia, y en la oración fúnebre que pronunciaba Rancé al lado de la tumba, era señalado como ejemplo a los hermanos.

Alguna idea del tono y contenido de sus conferencias y de sus oraciones fúnebres puede encontrarse tanto en el libro *Sobre la santidad* como en las *Relaciones*.

Por lo que respecta al silencio, al ingresar al monasterio, el monje dejó tras sí el mundo. Para Rancé, eso incluía familia y amigos, como también los valores mundanos negativos. (Incidentalmente, quizás, no haya un santo más diferente de Rancé que San Francisco de Asís. Al que se incorporaba a la Orden bajo la égida de San Francisco, no se le permitía dejar sus bienes a los miembros de su familia. Hizo una sola excepción en el caso de un campesino que tenía un buey y lo dio a sus padres indigentes. Aun alguien tan bondadoso y benévolo como San Francisco consideraba las palabras "Déjalo todo y sígueme" en sentido absolutamente literal: se desheredaba la familia.) Rancé lo tomaba muy en serio. Visitas y contactos después de la profesión eran totalmente y para siempre prohibidos. La

muerte de uno de los padres era sólo anunciada en Capítulo como un alma desconocida por quien rezar.

La misma prohibición era aplicada a la correspondencia. Pero el asunto no es tan sencillo porque observaciones particulares hechas en cartas muestran que la regla no era tan rígida como suena. Se hace una regla y después se la aplica. Tenemos conocimiento de este hecho porque tenemos las cartas (unas cuarenta de ellas) que Dom Le Nain escribió regularmente tanto a su hermana carmelita como a su padre, que era magistrado y que, hacia el final de su muy larga vida, quedó ciego de cataratas. Rancé le escribía, y Dom Le Nain tenía permiso para escribir. Es sólo porque tenemos las cartas que lo sabemos. Sabemos que otro de los abades que sucedieron a Rancé, Dom Jacques de la Cour, escribió regularmente a su hermano que era canónigo regular. Sabemos que un maestro de novicios, Dom Paulin, que previamente había sido benedictino veinte años, escribió a un colega benedictino instándole a que mande reclutas y diciéndole cómo le iba en La Trapa. Por casualidad tenemos todas estas cartas. Así que, una vez más, el argumento del silencio es peligroso. Mi propio parecer es que, mientras la regla y la política eran terminantes, su aplicación era mucho más elástica.

Parecidamente, los reglamentos de La Trapa imponen silencio absoluto. Aun limitan el lenguaje de señas a casos de necesidad. Rancé menciona a menudo que este silencio perpetuo y absoluto era una de las más grandes tensiones que los postulantes tenían que tomar en cuenta. A pesar de eso, sabemos que el hermano Palemón (Santena), que había sido marqués y coronel, fue visitado por Santiago II de Inglaterra y un general francés, Bellefonds, que era amigo de Rancé. Sabemos que Le Nain tenía un amigo que había sido su tutor y estaba tan acostumbrado a verle cada año (el amigo tenía un sobrino en el monasterio) que, cuando un año, bastante excepcionalmente, Rancé prohibió la visita, el amigo quedó muy afectado. Una vez más, por inferencia de estos pocos ejemplos conocidos, tenemos que suponer que Rancé no hizo públicas las excepciones, pero que las hizo.

Evidentemente él consideraba el silencio y el apartamiento como una mortificación, y por ende buenos en sí mismos. Pero los consideraba también como protecciones. Relata una anécdota de un monje que, después de haber estado diez años en La Trapa, se encontró por casualidad con un abad que estaba de visita y que había conocido en el mundo, y se puso a

conversar con él. No puedo imaginar lo que conversaban, pero poco después el monje dejó La Trapa y terminó por apostatar. No creo que Rancé haya inventado todo esto. Evidentemente, consideraba que esto era un gran peligro: si uno deja el mundo, no lleva un paracaídas, por decirlo así, para poder volver allí.

El peligro de contactos con el mundo de afuera es, de hecho, bien ilustrado por lo que sucedió en Orval cuando el jansenismo penetró en la comunidad.

Pero no olvidemos que cualquiera podía hablar con el abad, el prior o el maestro de novicios y en las conferencias. Por lo tanto los monjes, ciertamente, no eran mudos. Es también verdad que los huéspedes y los pobres menesterosos —si es que se alimentaba a 1500 o 2000 personas—, han de haber instigado alguna conversación, cualquiera que sea la regla, puesto que no se puede alimentar un número tan grande utilizando un lenguaje de señas.

En este contexto, debemos recordar cuán rígidamente fue respetada la reja hasta muy recientemente en las Órdenes de mujeres, como las carmelitas y la Anunciación. La aplicación de estas reglas de separación por Rancé no tenía nada de peculiar. Debemos también recordar que, aun en una Orden tan estricta como la Cartuja, exactamente en esa época un cierto cartujo en París atendía reuniones semanales de laicos en su celda para discutir la política eclesiástica y ni siquiera asuntos espirituales. Así pues Rancé no inventaba tampoco los peligros.

Creo que casi todos estarían de acuerdo en que los enfermos y los huéspedes son los más grandes enemigos de la disciplina en las casas estrictas. Rancé designaba el hospedero según ciertos principios básicos. Uno de los visitantes comentó que el hospedero, desde un principio, era un hombre de muy pocas palabras, y que, además, como era oriundo de una región de Francia lindando con Bélgica, su lenguaje era totalmente ininteligible; y esto, a su entender, era la razón por la cual Rancé lo eligió. De hecho, los huéspedes eran bastante peligrosos, puesto que era a través de ellos que las noticias del mundo podían infiltrarse.

continuará